

# Mensaje y vigencia de las tesis de Ariccia

Raúl Ampuero

**H**an pasado diez años desde que el senador italiano Lello Basso dirigió su carta-invitación a un cierto número de exiliados chilenos, convocándolos a un seminario alrededor del tema "El socialismo chileno: historia y perspectivas". Es justo recordarlo ahora, tanto para rendir tributo a su apasionado interés por nuestro proceso político -del que da fe esta iniciativa, promovida semanas antes de su muerte- como por la huella que han dejado en el campo socialista los seminarios realizados en Ariccia, en las cercanías de Roma, como las actividades posteriores que recogieron su espíritu.

Formulando la invitación en términos rigurosamente personales, Basso partía de la idea de que "en las luchas sociales chilenas del último medio siglo nos encontramos en presencia de dos grandes vertientes ideológico-políticas: una comunista (identificada con lo que podríamos llamar el comunismo histórico) y otra socialista, de perfil más difuso pero igualmente robusta y tenaz". Sin proponerse arribar a conclusiones perentorias y formales, se buscaba identificar los postulados principales del "área socialista" y de verificar el "grado actual de convergencia de sus diversos componentes", para corregir "cierta confusión ideológica", evitar la "multiplicación de centros de dirección competitivos" y conciliar las "dispares líneas de acción que amenazaban conducirla a una esterilización creciente, originando un grave vacío en el seno de las fuerzas que combaten contra la dictadura militar".

Las dos reuniones del seminario y otras que las siguieron confirmaron, efectivamente, una amplia coincidencia de posiciones, un estimulante consenso sobre cuestiones vitales, hasta el punto de aconsejar la constitución de organismos permanentes de convergencia -en el ámbito europeo- integrados esta vez por representantes oficiales de las agrupaciones partidistas del exilio.

Ante el actual panorama interno, no muy diverso del que originaba las inquietudes de Lello Basso y su invitación al seminario, parece útil revisar esos materiales para verificar la vigencia de las tesis, los postulados y los juicios emitidos en el curso de esos debates.

## Una doble vertiente

En nuestros días podemos confirmar la referida bifurcación ideológica y cultural del movimiento popular como un objetivo dato histórico. A la época del seminario las diferencias se situaban en ciertas concepciones globales proyectadas sólo de un modo indirecto en los acontecimientos chilenos. Desde luego, en torno a la estructura de la so-

cialidad y del poder en los países del "socialismo real". El PC y sus seguidores admitían sin reservas la preeminencia del partido-vanguardia sobre las instituciones del Estado y las organizaciones sociales, en tanto el sector socialista sostenía el carácter democrático del poder popular y se inclinaba decididamente por las formas de autogestión de los productores directos en el campo de la economía. Una segunda zona de conflicto lo constituía la apreciación del rol tanto ideológico como propiamente político de la URSS en el plano mundial. Para los comunistas, estaba fuera de discusión el carácter de centro dirigente del PCUS y de la URSS sobre las fuerzas populares<sup>1</sup>, así como su lógico corolario: esto es, la facultad

del Estado soviético de limitar la soberanía de las naciones asociadas, legitimando su intervención, incluso con medios militares, en nombre del interés colectivo de la "comunidad socialista". En esta materia el juicio adverso de los socialistas era más categórico, si cabe; ilustrado con la conducta histórica del PS (solidaridad con Yugoslavia en su conflicto con el Cominform, repudio de las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia y, más recientemente en Afganistán, por ejemplo). Por último y como consecuencia natural de las discrepancias descritas, mientras para los comunistas el movimiento popular debería ver en el Pacto de Varsovia un potente e indispensable instrumento de apoyo a la causa del socialismo, para los socialistas la presencia dominante de dos bloques militares contrapuestos en la arena mundial tendía a desvirtuar los procesos de liberación, sea reprimiéndolos, sea imponiéndoles condiciones contrarias a su naturaleza como precio de una eventual protección. Todo en función de una lógica bipolar que colocaba en primer plano los intereses hegemónicos de una u otra superpotencia.

<sup>1</sup> Escribe Luis Corvalán, secretario del PC chileno: "en el informe al pleno de diciembre último (de 1960) del comité central de nuestro partido dijimos... 'se debe recordar que el movimiento comunista ha sido desde su origen esencialmente internacionalista y que en él siempre hubo un centro dirigente en el mejor sentido de la palabra, un centro como vanguardia de las ideas avanzadas.

Hace ya mucho tiempo que este centro se encuentra allí" [en la URSS, R.A.]. En *La polémica comunista-socialista*; Prensa Latinoamericana. Santiago, 1961.



Sin embargo, la existencia de tales discrepancias no fue obstáculo en el pasado para generar un cierto paralelismo político que en algunas épocas llevó a compromisos muy estrechos y en otros períodos a situaciones de crisis. Los acuerdos más sólidos generalmente se produjeron en las fases de reflujos del movimiento popular (v.g., segunda presidencia de Arturo Alessandri; abandono de la fase populista del gobierno Ibáñez), en busca de una inversión de tendencia y apoyándose en la previa unificación del movimiento sindical (C.T.Ch., 1936; CUT, 1952), indicación elocuente de la voluntad de resistencia del mundo del trabajo, que presiona a los partidos instándolos a articular una común acción defensiva. Tales momentos de estrecha asociación política, es útil subrayarlo, se producen siempre en una perspectiva electoral, centrada en el proselitismo y basada en programas de valor más bien didáctico y propagandístico. Necesariamente diferentes deberían ser el estilo, las condiciones y la consistencia de una alianza con expectativas concretas de asumir el gobierno del país. En un pacto de este tipo, como lo demuestra la experiencia de la UP, no bastaba con ganar asientos parlamentarios y municipales, aprovechando las ventajas de una ley que premiaba las coaliciones de partidos, sino que era imprescindible establecer en el mando una capacidad decisoria a la altura de los acontecimientos que inevitablemente desencadenaría la captura del principal centro de poder por las fuerzas de izquierda. En los hechos, tal condición no se cumplió; el eje socialista comunista, concebido como clave de una dirección eficaz, no alcanzó nunca tal capacidad después de la victoria electoral del 70. Ni como conductor del gobierno UP, ni como dirección revolucionaria; ni siquiera como

centro de organización de la clandestinidad y del exilio.

La verificación de esta circunstancia condujo a sostener una tesis que parece válida hoy: el eje PC-PS no constituye ya la base irremplazable de una eficaz política de izquierda; una larga experiencia debe incitarnos a buscar nuevos equilibrios, que garanticen una dirección solvente, dinámica y coherente al movimiento popular.

### Nuevo centro de gravedad

Entre 1979 y los años que corren hasta la fundación de la Izquierda Unida la UP tuvo una existencia puramente nominal. Aparte un corto número de declaraciones dedicadas a dejar constancia de su existencia o a solemnizar alguna fecha histórica, careció absolutamente de capacidad operativa, y cuando se enciende la lucha política en el territorio chileno (1983) y los partidos integrantes resurgen asumiendo un comportamiento de completa independencia, entendiéndose caducados los precedentes pactos unitarios. Un motivo determinante de la parálisis de la UP, primero, y de su disolución de facto, después, lo constituyó la persistente exigencia comunista de alcanzar un acuerdo con la DC antes de formular una estrategia global de oposición a la dictadura, en ostensible contradicción con la aspereza de sus actuales ataques a los compromisos de un sector socialista con la DC, particularmente en el seno de la Alianza Democrática.

Para medir el valor actual de la premisa enunciada (colapso del eje socialista-comunista) bastaría recordar la incapacidad de la llamada Izquierda Unida para generar una verdadera política común sostenida sin reservas por el PC y el sector almeydista del PS. No obstante algunas declaraciones genéricas formuladas en conjunto, las discrepancias han sido y son hondas y evidentes en lo que se refiere a la lucha armada, a las inscripciones electorales, a la manera de encarar el plebiscito; en suma, en todo lo que envuelve una línea estratégica concreta para enfrentar la dictadura. Las distancias que separan la posición comunista de la que sostiene la agrupación socialista más vecina a las concepciones marxista-leninistas son de tal entidad que la Izquierda Unida aparece más bien como

una denominación de fantasía y con una capacidad decisional aún más precaria que la mostrada por la UP en sus momentos peores.

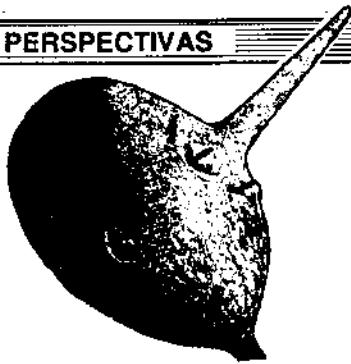
Resulta difícil negar, entonces, que la situación no está aún madura para constituir un bloque suficientemente compacto; reconociendo, sin embargo (como se decía en Ariccia) que el factor "izquierda" tiene en Chile un profundo significado histórico, imposible de ignorar, y tendrá también en el futuro, desaparecidas ciertas ambigüedades, un rol decisivo en la remodelación del Chile democrático.

¿Donde situar, entonces, el punto de apoyo del movimiento popular? En el entendido -es claro- que ahora se trata de reestructurarlo con una solidez y una capacidad de conducción adecuadas al enfrentamiento con una despiadada tiranía y no ya para participar en una ritual campaña electoral.

Las circunstancias que aconsejaban partir desde el "área socialista", dándole una expresión política unitaria, para promover desde allí una acción común del conjunto de la oposición -sin exclusiones: desde la derecha a la izquierda- para restablecer la democracia y garantizar su funcionamiento; la concertación, en suma, de un pacto constitucional, de potencialidad suficiente para desalojar la dictadura y asegurar a todos, después, el escrupuloso respeto de sus normas fundamentales; esas circunstancias, decimos, están vigentes hoy como diez años atrás y correctamente asumidas deben poner en evidencia el falaz chantaje del pinochetismo cuando pronostica el caos como alternativa inevitable de la derrota del poder militar.

### Movimiento de convergencia

De los debates del pasado surge un perfil bastante nítido del contenido, la función y la estructura que debería asumir la fuerza política representativa del "área socialista". Se le asignaba, desde luego, las características propias de un movimiento, en lugar de concebirla como un tradicional frente único de partido ligados por vínculos de tipo federativo. Con ello se quería significar que, junto a los partidos constituidos, se abren espacios a la afiliación de personas independientes, así como a la adhesión colectiva de organiza-



ciones sociales y culturales de distinta naturaleza. Probablemente la propuesta más radical consistía en propiciar la fusión de las ramas sectoriales de todos los partidos del área (sindicales, estudiantiles, femeninas, campesinas, profesionales, etcétera) en agrupaciones únicas, dueñas de una cierta autonomía operativa y abiertas a la adhesión de independientes.

A la flexibilidad de su estructura debería corresponder una clara definición de sus propuestas programáticas y de sus perspectivas estratégicas. Elaboradas esas bases, lo ideológico se reduciría a una esquemática concepción de la sociedad socialista, proyectada consecuentemente sobre los planes de reforma. Esquemática en la medida que permitiera un verdadero pluralismo en el interior del movimiento, sea por la variedad de los procesos intelectuales y de las motivaciones éticas que determinen la adhesión de sus miembros, sea por las múltiples alternativas de soluciones posibles a los problemas planteados. De aquí la insistencia en situar en el interior de la convergencia socialista el punto de encuentro, coordinación y alianza de las componentes marxistas y cristianas, concertadas en una común tarea de alcance histórico.

Los postulados básicos del movimiento se enuncian en diversos documentos, entre otros en la carta del Comité de Enlace de Ariccia a los participantes en el seminario: "En efecto -dice- (1) la noción de autonomía en el análisis de la realidad nacional y en la elaboración de una estrategia revolucionaria; (2) la concepción socialista científica como método de interpretación de los fenómenos sociales y como guía para la acción; (3) la común concepción de la necesidad de la confluencia de marxistas y cristianos en el proceso revolucionario; (4) el horizonte latinoamericano como perspectiva esencial de nuestra política internacio-

nal; (5) la fiel adhesión a los postulados del no alineamiento y el rechazo de la lógica de bloques en la arena mundial; (6) la convicción de que la democracia sólo alcanza su realización plena en el socialismo y de que el gobierno de los trabajadores debe contar con el apoyo de las mayorías nacionales a través de mecanismos de consenso realmente libres; (7) el respeto de las iniciativas de las masas y de la independencia de sus organizaciones en un ámbito de amplia participación democrática; (8) la generación colectiva de la línea política al interior de la vanguardia y la lucha contra el autoritarismo burocrático en la dirección del partido; (9) la conducción de las masas a través de mecanismos de persuasión y del fomento de las instancias de participación de las bases, constituye -entre otros- un conjunto sustancial de principios comunes para perseverar en el camino propuesto". Añadía "hemos comprobado, además, una coincidencia total para estimar el principio de la autodeterminación de los pueblos y el derecho de éstos a escoger vías nacionales para alcanzar el socialismo, como la base de una justa y democrática solidaridad internacional. Ninguna doctrina ni el más noble pretexto autorizarían a una nación para inmiscuirse en los asuntos internos de otra, ya que obviamente cualquiera excepción a los principios enunciados operaría siempre y solamente en favor de la nación más poderosa" (Roma, mayo de 1980).

En el informe introductorio al segundo seminario de Ariccia (enero 1980), se subraya "que la tentativa de dar consistencia ideológica y organizativa a una área socialista se coloca firmemente en la perspectiva de la unidad de todas las fuerzas populares. Jamás ha propuesto la disgregación del amplio movimiento que sostuvo la experiencia del gobierno de Salvador Allende -cualquiera que hubiese sido el grado de participación de cada grupo político en particular- sino que busca una articulación más coherente de sus diversos componentes, un alineamiento más lógico de sus seguidores y, en consecuencia, un debate más transparente y explícito entre sus diversas tendencias, como expresión de un pluralismo que constituye una adquisición histórica de la experiencia chilena".

### Complejidad y problemas abiertos

No se nos ocultaban entonces ni se nos ocultan ahora las dificultades para establecer una clara línea de separación entre la competencia de los partidos y las funciones del movimiento. Siendo esta cuestión compleja, aunque posible en teoría, una tal definición debe alcanzarse sólo con una alta dosis de pragmatismo. Como en muchos problemas políticos, son las respuestas concretas a los acontecimientos las que, a la larga, confirman o configuran una línea de validez teórica. Hasta nociones utilizadas sin reservas en el actual discurso político se toman equívocas bajo un examen más exigente. Pasa así con los conceptos de "pluralismo" y "autonomía". Necesariamente el pluralismo en el interior de una agrupación partidista que reclama un rol de conducción no puede tener la misma amplitud del pluralismo en el seno de una organización social. En uno y en otro caso será la función específica que se asigna al organismo la que sugerirá las fronteras legítimas del debate interno; pero sólo en el curso de la acción esas fronteras adquirirán consistencia y carácter imperativo.

Como en otros fenómenos, es la dialéctica de la conservación y el cambio la que da su fisonomía a las fuerzas políticas y este ha sido un proceso particularmente agudo en las variadas tentativas de reconstrucción del PS histórico. En el curso de su existencia de medio siglo adquirió un perfil excepcionalmente nítido, admitiendo una amplia y a veces áspera confrontación de opiniones, pero rechazando sin términos medios tanto las concepciones social-demócratas como las del marxismo-leninismo de la tradición staliniana. Como concesión al pluralismo hay quienes intentan introducir y legitimar en su interior esas tendencias, ensamblándolas artificialmente con un pasado que las rechazó siempre o con un proyecto de renovación que desnaturalizaría su presencia política. No faltan tampoco los que consideran la legitimación de las fracciones o corrientes en el partido como condición inseparable del pluralismo. La convergencia, en Europa, no abordó sistemáticamente el tema, estimándolo prematuro.

Algo parecido ocurre con la noción de "autonomía". Mientras el pluralismo se invoca a veces para diluir el contenido original del socialismo, la manipulación del concepto de autonomía se emplea con una connotación estrecha y formalista. Se la quisiera reducir al simple rechazo de vínculos explícitos de subordinación a alguna potestad internacional, aceptando, en cambio, en los hechos, una autoridad externa que condiciona severamente las opciones políticas. Es, por ejemplo, la interpretación que sugiere el razonamiento del compañero Almeyda cuando sostiene en sus "Propuestas de unidad"<sup>2</sup>: "Desde el punto de vista de fondo creo que la puesta en marcha de un proceso unitario serio y consistente, supone el consenso sobre los siguientes puntos: primero, la contradicción principal que afecta a nuestra sociedad es actualmente la que opone la democracia a la dictadura, y es a través de ella que se manifiesta, aquí y ahora, la contradicción fundamental en nuestra época entre capitalismo y socialismo."

#### Una autonomía verdadera

Ya señalábamos en otro trabajo las implicaciones inevitables de una tal simplificación de la realidad internacional o, mejor dicho, de la caracterización estrechamente ideológica de la contradicción estimada *fundamental* en nuestra época, que deja sin explicación una multitud de conflictos en desarrollo, de carácter religioso, nacionalista, racial, limítrofe, o de otra naturaleza, desde la guerra vietnamita-camboyana a la guerra entre Irán e Irak; desde la rebelión palestina contra Israel al enfrentamiento Angola-Sudáfrica. Pero, sobre todo, la aseveración comentada -a la que se le asigna una jerarquía de principio- subordina los conflictos específicos en el ámbito na-

<sup>2</sup> *Andlisis*, Santiago de Chile, 13 al 13 de Julio de 1987.

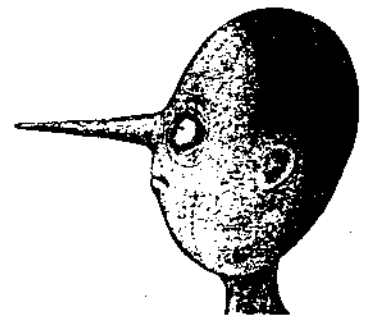
cional, los minimiza y los deforma, al considerarlos meras derivaciones de la contienda principal, con una doble consecuencia negativa: (a) desplaza la línea de confrontación de las fuerzas en lucha, al insertarlas en un dilema distinto del que generó el enfrentamiento, y (b) lleva al reconocimiento de que el elemento dominante en el frente socialista en las condiciones contemporáneas de la realidad mundial es el poder económico, político y militar de la URSS. La primera está implícita en la afirmación de que *a través de la contradicción principal de la sociedad chilena "que opone la democracia a la dictadura" se manifiesta aquí y ahora, "la contradicción fundamental en nuestra época entre capitalismo y socialismo"*. Los chilenos sabemos que ciertamente la alternativa planteada es democracia o dictadura, pero también es evidente que identificar la oposición al gobierno militar con el socialismo es forzar los hechos y tergiversar sus objetivos. La aceptación de tal planteamiento estrecharía severamente el campo de la resistencia y constituiría un servicio gratuito para Pinochet. Es claro que la tesis de Almeyda está fuertemente condicionada por la posición subjetiva del autor y por el horizonte intelectual en que se mueve; no obstante, el planeta en que nos toca vivir pasa por trastornos extraordinariamente complejos y, si bien continúa siendo cierto que son los conflictos de clase los que mueven la historia, sería imposible demostrar que todos ellos están contenidos en una visión maniquea de los acontecimientos.

El papel rector de la URSS y la necesidad política de compartir incondicionalmente su conducta dentro y fuera de sus fronteras, se desprende naturalmente del carácter ecuménico, global, que otorga a la contradicción socialismo-capitalismo, pero, más que nada, de su proyección dominante en todo conflicto local, al que transmitiría

inevitablemente sus propias alternativas, sustituyendo así la naturaleza misma de la disputa. La opción entonces de los protagonistas menores estaría circunscrita a reiterar su lealtad al poder central del campo socialista, al Estado soviético, a su modelo de sociedad, a sus orientaciones estratégicas. Obviamente tal actitud no es otra cosa que la virtual renuncia a una verdadera autonomía, aunque no se hayan contraído expresos vínculos de obediencia.

Estaría pendiente en consecuencia definir el contenido real de la autonomía referida a una formación política que no renuncie a las alianzas y acepte, en principio, ciertos lazos de interdependencia contratada entre iguales, así como al deber moral que implica la solidaridad más amplia con todos los pueblos que luchan por su liberación social y nacional.

Diría que las tesis surgidas en los coloquios de Ariccia y que llegaron a cristalizar en un órgano de coordinación europeo, tuvieron en el país un eco notable, como un renovado enfoque de la política popular en la lucha contra el poder militar. Desgraciadamente los tropiezos encontrados por el proceso de unidad socialista y las rivalidades por alcanzar mezquinas hegemónicas frustraron su implantación en Chile mismo. Un análisis abierto de sus aportes debería servir para replantearlas con nuevo optimismo en un futuro cargado de positivos presagios como consecuencia de la reanimación de la política chilena en la perspectiva de la democracia. ☒



#### SUMANDO TRANSEUNTES Y TRABAJADORES

"Miles de personas llegaron ayer hasta el centro de Santiago portando banderas, en su mayoría chilenas, carteles, trompetas y tambores, para demostrar su alegría por el triunfo del *no* en el plebiscito [...] El ánimo era festivo y a los celebrantes iniciales se fueron sumando transeúntes y trabajadores del sector."

*La Epoca*, 7 de octubre de 1988, Santiago de Chile.